

El primer pensamiento que asalta á la imaginacion es la admirable union que estableció entre sus adeptos; allí vemos al rico y al pobre juntos ante un mismo altar implorar la clemencia divina, postrarse ante el Dios de todos para darle gracias por los favores recibidos, levantar al cielo sus manos trémulas y suplicantes para demandar su proteccion: yo contemplo á los fieles en los subterráneos sentados á una misma mesa, oír juntos las lecciones del Evangelio, las actas del martirio de sus hermanos que habian ofrecido sus vidas en holocausto de su fé, robustecerse y prepararse á los tormentos con las exhortaciones del sacerdote, recibir su bendicion; yo contemplo aquellas ágapes ofrecidas por la caridad donde reinaba la paz mas envidiable; yo oigo aquellos cánticos de alabanza entonados en las sombras de las catacumbas, interrumpir el silencio de los sepulcros, y en medio de la noche elevarse al trono del Altísimo; yo medito aquella Eucaristía, distribuida á todos sin escepcion de personas, aquel ósculo de despedida, aquel pié levantado que indicaba la prontitud de ánimo con que estaban resueltos á abandonar un mundo que no merecia poseerlos; yo finalmente considero aquella fé tan sincera, aquella esperanza tan ciega, aquella obediencia tan pronta, aquella ardiente caridad con que el que tenia preparaba la mesa y compartia con el pobre su pan, sin otra razon que la fraternidad, sin otras

miras que practicar un precepto del Evangelio, y esta vista llena mi alma de entusiasmo y de santa admiracion; recorro con avidez la historia, y nada me presenta igual en sus anales, nada tan grande, tan hermoso, tan santo; entonces mi sorpresa se aumenta, y solo sé bendecir y alabar la Providencia divina, que ha proporcionado á los mortales tan dulce satisfaccion, al afligido tan suave consuelo, y al pobre y al oprimido bálsamo tan consolador.

A primera vista se conoce el fin á que tan bellas prácticas se encaminaban, y desde que se descubre ya no hay voluntad mas que para amar tan hermosa religion, en perspectiva contempla el alma los bienes que ha de derramar sobre la sociedad esta hija predilecta del Altísimo, y al momento siente el corazon que en el mundo todo ha cambiado, que la vieja sociedad toca á su fin, que el progreso civilizador ha empezado, y que el vetusto capitolio con sus once mil dioses va á caer á impulsos de la nueva religion, que llena de vida se presenta á combatir proclamando la unidad de Dios, la comunidad de origen de derechos, de creencias; dogma hermoso, principio motriz de todos los grandes adelantos sociales, aurora de la humanidad y cuna donde ha de nacer la verdadera civilizacion, que ha de afianzar las relaciones de los pueblos, sus intereses materiales, destruir todos los elementos de guerra y consolidar la paz de las naciones.

Mas dejemos filosóficas reflexiones y continuemos analizando la Iglesia, y la veremos reunida para nombrar sus obispos y elegir sus jueces y pastores, los hombres que la han de gobernar, los gefes que han de dirigir sus conciencias, y han de mandar sobre la parte mas noble del hombre, el alma; los que han de discutir sobre sus principales intereses, los de su vida futura, y han de cuidar, no de la felicidad temporal y material del hombre, sino sobre la espiritual y eterna: contemplemos este hermoso cuadro y veremos que no se elige pastor al mas rico, al de ilustre cuna, al de una raza privilegiada, ni de un pueblo determinado, sino al que su ciencia, su virtud y su santidad hacen mas á propósito: allí no hay otras distinciones que las obras, no hay otros títulos que los méritos personales; todos tienen el mismo derecho, reina una perfecta igualdad, y esta es otra diferencia que se encuentra entre la vieja y nueva religion, diferencia que está basada en el Evangelio, y que consiste en que gobernantes y gobernados respiran en una misma atmósfera de sentimientos y creencias, y cuando se desarrolla y domina esa comunidad de ideas, y el pueblo y el gobierno se inflaman con un mismo ardor intelectual, no podemos menos de confesar, que existe entre los dos un vínculo fuerte que no pueden romper los vicios de la organizacion social, vínculo que forma esa union indisoluble que siempre ha existido

tido en la Iglesia, que no ha podido destruir el huracan desbordado de las herejías, que ha sido el muro inespugnable donde se han estrellado todos los tiros de sus enemigos y el camino que la ha conducido á la victoria.

Este espíritu de igualdad, esta rectitud de principios debian servir de ejemplo á la sociedad, y poco se tenia que inocular en las leyes civiles, porque clérigos y seglares estaban nutridos en los mismos sentimientos, empapados en las mismas máximas y educados en los mismos principios; así fué, puesto que no podemos dar un solo paso en la historia de los pueblos, sin que encontremos señales de esta influencia, influencia tal vez indirecta, pero que no por eso deja de ser mas eficaz para operar las grandes revoluciones de los Estados, las mas interesantes reformas en la civilizacion de los pueblos, y suelen ser, por lo general, mucho mas eficaces y saludables que lo que se cree comunmente. Yo bien conozco que los hombres anhelamos llegar á nuestro fin por un movimiento rápido y de visibles y pronto efectos; bien conozco que es propio de nuestra naturaleza miserable y seductible anhelar el goce pronto de los buenos resultados del poder, del triunfo; pero á mas de no ser esto siempre fácil, ni inútil, y que suele precipitarnos en el abismo que deseamos evitar, hay circunstancias y ocasiones en que las influencias indirectas, imperceptibles y lentas, son mas

seguras y realizables; porque sin estrépito, ruido ni revoluciones, operan cambios saludables y afianzan sobre bases sólidas, reformas que intentadas de frente, jamas tal vez se habrian conseguido, y si se hubieran logrado, quizás su imperio no hubiera sido duradero y estable. Así, pues, esta union entre el clero y el pueblo, esta comunidad de sentimientos hizo, aunque indirectamente, que las máximas del Evangelio se introdujesen en la legislacion, y que ésta se modelase segun aquellas; promiscuidad que dió felices frutos á la civilizacion, y salvó la humanidad contribuyendo á establecer y afianzar sus derechos hasta entonces desconocidos y hollados.

La influencia del clero en el Estado, y la participacion en los asuntos de los pueblos, tiene tambien otra causa que la historia nos demuestra, y es, ademas, muy digna de consideracion, porque patentiza la gran diferencia que existe entre el cuerpo eclesiástico católico y los sacerdotes de los antiguos ritos, esta es el punto de contacto que existe entre el sacerdote y el seglar. Nadie ignora el aislamiento en que vivian respecto del pueblo los sacerdotes de los ídolos; todos sabemos el misterio y las ceremonias con que se presentaban en público, y es bien manifiesta la indiferencia con que trataban á los que no pertenecian al órden sacerdotal, circunstancias que los separaban del comun del pueblo, que los enajenaban su volun-

tad, y si los hacian respetables, la sumision mataba el cariño y los hacian poco amados y queridos: al revés el clero cristiano, se hallaba desparamado por el mundo, residia en las aldeas, estaba en continuo roce con el pueblo en la adversidad, y en la desgracia se encontraba á su lado, juntos sufrían, juntos gozaban, en un mismo templo oraban, y desde el alimento hasta la plegaria, todo era comun, porque una misma habia sido la sangre con que fueron redimidos, y uno mismo era el Viático que alimentaba su alma: el sacerdote gentil no tomaba parte en las desgracias de los pueblos, y el cristiano estaba siempre á su lado para mejorar su condicion; aquel jamas se acercó al esclavo sino para affigirle, éste le buscaba en las cloacas para consolarle; el sacerdote de Júpiter ni de Saturno, el adorador de Baal nunca enjugaron el llanto del oprimido, ni socorrieron la miseria del pobre; el ministro de Cristo siempre está dispuesto á enjugar las lágrimas del desgraciado, y socorre si tiene, y si no pide para socorrer al indigente y al pobre; allí estaba el egoismo y la petulancia, aquí la virtud y la afabilidad; ellos aislándose, estos comunicándose; el pueblo debia necesariamente querer mas al que mas trataba, estar de parte del que le favorecia y consolaba, mejor que del que le injuriaba y heria.

Muy poca duda creemos que admiten las líneas anteriores, y en los encontrados caracteres del pa-

ralelo confiamos que muy pocos habrá que no se decidan mejor por el cristiano que por el gentil, y si hubiese alguno, probará que su entendimiento está enfermo, su voluntad ofuscada, y su razon ciega, y por consiguiente que debe perdonársele en gracia á no saber lo que se hace ni lo que se quiere. Cuando una Iglesia se ha constituido independiente del pueblo que dirige y gobierna, cuyas conciencias nivela, y cuyas virtudes inspira, se ha concentrado casi siempre el cuerpo sacerdotal á una clase y se ha vinculado en un número de familias determinado; en una palabra, se ha encastrado en una sola posicion innaccesible á los profanos. Si han levantado entre ellos algunas desigualdades, muy grandes á veces, no ha dejado por ello de pertenecer el poder á los collegios sacerdotales que desde el fondo de los templos dictaban sus leyes al pueblo que obedecia con acatamiento sus inspiraciones. Si han consultado el oráculo, solo ellos eran árbitros de interpretar ó dar las contestaciones de la sibila, sin que nadie sobre ellas pudiese preguntar mas: si se consultaban las víctimas suyo era el vaticinio, si cantaba el gallo suya la inteligencia, si volaba el pájaro en esta ó en aquella direccion, nadie sino ellos eran dueños de la observacion, y en el santuario nadie podia entrar ni comunicar con ellos: este aislamiento, esta separacion petulante de la sociedad que debian dirigir y enseñar, los impo-

sibilitaba de lo uno y de lo otro, y los encastraba en los templos á manera de nuestras encantadas deidades de los romanos de la edad media, y allí no era permitido el ingreso sino al hombre privilegiado que con la lanza de su abolengo y de sus riquezas vencía al cancerbero que custodiaba el paladion de las preocupaciones del siglo de la mentira, y de los sacerdotes del error.

La Iglesia cristiana estaba organizada de distinta manera; los sacerdotes se comunicaban con todo el mundo, en todas partes se les veía, con todos se trataban y á todas las clases de la sociedad dirigian sus cuidados; desde el miserable albergue del colono, desde la choza asquerosa del esclavo encadenado al pié del muro aspillerado del orgulloso señor, en los palacios de los reyes, en la poblacion esparcida por los campos, y en el centro de las bulliciosas ciudades, como en el silencio de las selvas, en todas partes se hallaban. Allí, donde la necesidad urgía, como donde las riquezas abundaban, donde reinaba el lujo igualmente, que donde la miseria dominaba, distribuian en todas partes los consuelos de su mision divina, reprendian con evangélica libertad todos los vicios, consolaban todas las desgracias, animaban todos los buenos sentimientos, fortificaban todas las esperanzas y hacian sentir los acentos de su voz, inspirando caridad y obediencia, temor y resignacion el ungido del Señor, el sacerdote cristiano, un in-

dividuo de ese clero que hoy se escarnece y acusa de haber oprimido al hombre, de haber tiranizado la sociedad, de haber detenido el curso de la civilización.

El clero cristiano, á diferencia del sacerdocio gentil, no conocia privilegios, y el mas acreedor á sus cuidados era el que mas los necesitaba, cualquiera que fuera su condicion, su origen, su clase; á todos los estados y á todas las posiciones de la vida estaba el clero asociado. Ese desparramamiento de sacerdotes cristianos, esa participacion de todas las fortunas, fué un hermoso lazo que unió el clero con los seglares, un principio que cimentó su poder y estendió su influjo, un principio útilísimo á la humanidad que contribuyó poderosamente á su felicidad, principio que ha faltado á casi todas las religiones, que ha contribuido eficazmente á su ruina y minado las bases constitutivas de los Estados, porque ha emancipado al hombre de su fé y ha puesto en pugna el altar y el Estado, el adorador y su Dios.

Necesariamente el clero católico debia conocer todos los males de la sociedad, porque vivia en continuo roce con ella; como depositario de la ciencia debia saber remediarlos, como influyente en la legislacion debia precaver sus consecuencias, é intermediario entre el Criador y la criatura, tenia en su mano una arma poderosa para reprimirlos, arma que solo él podia esgrimir, y que á manera

de la espada de Alejandro debia desatar el nudo gordiano en que estaba envuelto el misterioso porvenir del mundo.

Los obispos y los grandes dignatarios de la Iglesia eran tambien señores temporales, y los gefes de la religion ocupaban su rango en la organizacion feudal, eran á un mismo tiempo miembros de la gerarquía civil y de la eclesiástica, de todo lo que, unido á cuanto dejamos espuesto, resultó entre el clero y el pueblo una comunidad de intereses, de hábitos y costumbres en un todo armonizadas con la igualdad, consignada en el Evangelio, y que contribuyó en gran parte á los adelantos de la civilizacion.

No ha faltado, sin embargo, alguno que haya criticado esta conducta del clero, y que se haya lamentado de verle mezclarse en todos los asuntos civiles y políticos, y yo quisiera que me dijese si esta circunstancia trajo bienes al mundo y al hombre, si dió derechos á la humanidad, en una palabra, si fué saludable al Estado y á la religion. La historia nos responde afirmativamente, y por consiguiente allí donde los críticos ven un mal, nosotros solo podemos ver un bien, y bien inapreciable, que mas que ninguna otra circunstancia, mas que ningun otro poder ha contribuido al desarrollo de las ideas y al progreso de la civilizacion: á no ser por esta comunicacion íntima, á no ser por tan estrechas relaciones, nunca se hu-

bieran realizado tan grandes y útiles reformas, ó al menos hubieran tardado muchos siglos en plantearse; pero ella produjo una paridad de destinos, una analogía de instituciones, que si no estinguió del todo, disminuyó por lo menos los males que aquejaban la sociedad, y los que hubieran, á no dudar, producido un completo aislamiento entre gobernantes y gobernados.

El influjo religioso en la sociedad contribuyó mas que nada á civilizarla, y el clero, si hubiera permanecido incomunicado con el pueblo como los sacerdotes de Eleusis, y los pontífices de Júpiter ó las vestales, jamas hubiera conseguido, como no consiguieron aquellos, la entrada en los negocios del Estado, no hubieran podido moralizar las costumbres ni intervenir en la formación de las leyes, y por consiguiente no brillaria en éstas el espíritu de caridad encargado por el Salvador, ni las máximas humanitarias del Evangelio; pero al frente de los negocios tuvieron entrada en los palacios, fueron llamados á legislar con el pueblo, asistieron á los consejos del soberano, y así pudieron armonizar las leyes con las creencias, y salvar la humanidad de los males que la aquejaban.

En todas partes, con poco que estudiemos la historia encontramos los benéficos efectos de esta influencia, y sin ella no le hubiera sido posible contribuir al progreso y mejoras del estado social del mundo, y el caos, y la ignorancia, y la inhu-

manidad, y la esclavitud continuarian dominando los corazones y avasallando las almas. Nadie ignora cuánto ha trabajado el clero por mejorar la condicion de la sociedad; nadie ignora el obstinado empeño con que combatió los grandes vicios de aquel estado; todos saben que las grandes ventajas que adquirió el mundo moral son debidas á las máximas del cristianismo, y yo pregunto: ¿quién las estendió por el mundo? el clero indudablemente. ¿Y entonces á quién se deben? al clero. ¿Y cómo hubiera podido conseguirlo viviendo aislado? Venimos, pues, á sacar en conclusion, que los que critican la íntima comunicacion del clero con el pueblo, y su participacion en los negocios, los que por ello le acusan, ó son unos solemnes ignorantes ó unos pícaros solapados, enemigos de la humanidad y de la civilizacion, que hubieran preferido que jamas hubiera salido de la barbarie, sin duda con el benévolo y caritativo objeto de haberla tiranizado á su capricho.

Hemos espuesto con nuestra habitual franqueza los trabajos del clero para variar la legislacion é introducir en ella los principios humanitarios y civilizadores del Evangelio, hemos reseñado y justificado los medios de que se valió para conseguir su fin, hemos desvanecido el infundado y pueril cargo que se hace al sacerdocio por haberse mezclado en los asuntos temporales, y hemos hecho ver que era de su inspeccion, puesto que si no hu-

biese asistido á la formacion de las leyes, no hubiera impreso en ellas el carácter benéfico del Evangelio, y la humanidad hubiera retrasado su progreso: el mundo moral, entonces como hoy, pertenecía al clero como juez, maestro y director de las conciencias; entonces como ahora, cuanto con esta tenga relacion le pertenece, y así hoy como antes son los jueces de las creencias, los que han de formarlas y dirigirlas, los que han de dar impulso á las ideas, y poner en movimiento y arreglar el mundo intelectual, el mundo moral.

No concluiré, sin embargo, este capítulo sin advertir de nuevo que la admirable trasformacion que se nota en las leyes antiguas, y la gradual perfeccion con que de reforma en reforma han llegado hasta nosotros, es la obra del cristianismo, y debido al influjo sacerdotal; que los adelantos consignados en ellas son la obra del clero; que los derechos que hoy conceden á la humanidad se les debe á sus trabajos, á su constancia, al espíritu de caridad que le anima y animó siempre; es pues falso que haya sostenido los abusos, protegido las usurpaciones y contribuido á encadenar los entendimientos, aprisionar las ideas y oprimir el mundo. La prueba razonada, el juramento, el sistema penitenciario desvanecerán la acusacion y condenarán los acusadores, y la súplica de San Agustin á Marcelino pidiendo la vida de los herejes con aquellas hermosas palabras que siempre

deben vivir en un pecho cristiano y humanitario, “*á fin, dice, de que sean conducidos de una actividad maléfica á una tarea útil, de la locura del delito á la razon y al arrepentimiento,*” serán la mejor apología y la mas completa refutacion de los detractores. El clero, por consiguiente, es indudable que estuvo y está en el progreso civilizador y humanitario, quiere las reformas legales porque sabe que la legislacion debe satisfacer los deseos de los pueblos, porque sabe que las ideas no se estacionan ni esclavizan, y que las leyes deben armonizarse con ellas; pero como no ignora que estos cambios deben hacerse con orden y método, por eso se opone á las revoluciones y refrena los movimientos violentos, que solo dan por resultado la anarquía y los vicios á ella consiguientes, que antes de obtener privilegios consignan violencias, y cuando proclaman los derechos de la humanidad é invocan la civilizacion, saquean, incendian, hieren, violentan y asesinan, reduciendo á escombros los pueblos para fijar sobre sus ruinas la decantada lápida *Aquí fué*. ¡Así humanizan y reforman el mundo!